

## La Educación: Un Riesgo

**Sólo una educación verdadera despierta los anhelos y las exigencias que guarda el ser humano en su corazón<sup>1</sup>**

En un Estudio Situacional sobre la Educación Venezolana que adelantan la Asociación Civil sin fines de lucro ICARO y la ONG de Cooperación al Desarrollo CESAL en seis escuelas públicas del área metropolitana de Caracas y el Estado Miranda, y que abarcó a docentes de primera y segunda etapa de educación básica -en la que se atienden niños de 7 a 12 años-, el 55% de los encuestados demanda espacios para el crecimiento personal, desarrollo humano, relaciones interpersonales, relación maestro-alumno, comunicación efectiva, autoestima, motivación al logro, entre otros, lo cual deja en evidencia la necesidad del docente de contar con lugares concretos que le permitan identificar y profundizar sobre los elementos clave que componen la realidad educativa en la que está inmerso -para poder atenderla adecuadamente- así como también, con espacios de diálogo y acompañamiento personal que le permitan recobrar la consciencia sobre su vocación.

Por otra parte, el 37% de los maestros encuestados orientan sus necesidades de capacitación al mejoramiento de sus competencias en el área de planificación y evaluación educativa, así como al entrenamiento en estrategias de enseñanza-aprendizaje, las cuales se han convertido, hoy por hoy, en la aparente solución a las dificultades que atraviesa la educación de los más jóvenes. Finalmente, el 27% manifiesta tener interés en formarse en herramientas para el manejo de la disciplina y la resolución de conflictos, cada vez más frecuentes en las aulas de clase.

De acuerdo a lo anterior, más del 80% de los maestros que han participado del “Programa de Formación y Capacitación Docente” que lleva adelante ICARO desde el año 2006, -expresan la mayor parte de las veces con tristeza- que no entienden qué sucede con las nuevas generaciones, las cuales no dan valor a las cosas o a las personas, que parecen no tener respeto por nada ni por nadie y que ellos, cada vez más, se perciben con una dificultad mayor para afrontar esta realidad.

¿Qué ocurre con la sociedad actual que se muestra incapaz de educar a las nuevas generaciones?, ¿por qué el educador de hoy parece que va perdiendo el ímpetu con el que inicia el ejercicio de su profesión?, ¿qué hace posible que la tarea de un educador sea una propuesta interesante para la vida del joven y la suya propia?

---

<sup>1</sup> Revista Aportes, publicación mensual del Centro Latinoamericano para el Desarrollo, la Integración y la Cooperación, No 9, Junio 2008, pág. 13-16

Afirma el Santo Padre Benedicto XVI, en la carta a la diócesis y ciudad de Roma sobre la tarea urgente de la educación, publicada el 21 de enero de 2008, que nos encontramos frente a una “emergencia educativa” debido, fundamentalmente, a la falta de transmisión de certeza y valores. Los jóvenes de hoy se caracterizan por el desinterés frente a la realidad que les circunda, por un adormecimiento permanente -en el fondo, el mismo “aburrimiento” que viven los adultos-, así, pierden la relación con el ambiente en el que se encuentran y, junto a esto, el sentido de la realidad y de su propia existencia. Giussani (1991) señala que sólo se afirma la realidad si es posible afirmar la existencia de su significado.

Es el escepticismo y el nihilismo que ha penetrado nuestra cultura. Señala el Santo Padre, hay un “ambiente difundido, una mentalidad (...) que llevan a dudar del valor de la persona humana, del significado mismo de la verdad y del bien, en última instancia, de la bondad de la vida”, por todo esto, se hace difícil transmitir y verificar las certezas que permiten que la persona se desarrolle con firmeza. Los jóvenes de hoy parecen decir “¡Papá, asegúrame que merece la pena venir al mundo; dime que hay una razón de esperanza y de bien por la que vale la pena vivir!” Así, retomando el sentido de las palabras del Profesor Enrique del Persio en su artículo “Pero aún los niños vienen y preguntan...”, “el malestar en la educación no es sino una parte del más generalizado malestar en la cultura”.

Hace falta una educación que sea realmente tal, sólo una educación verdadera despierta los anhelos y las exigencias que guarda el ser humano en su corazón, e implica, necesariamente, la energía de la razón y del afecto de la persona.

“Educación es introducción a la realidad total”<sup>2</sup>. Estas palabras encierran el contenido de una propuesta educativa que ha marcado el ejercicio profesional y la vida de muchas personas alrededor del mundo, recuperada por Luigi Giussani, fundador del movimiento católico Comunción y Liberación, sostiene que la educación “significa el desarrollo de todas las estructuras de un individuo hasta su realización integral y, al mismo tiempo, la afirmación de todas las posibilidades de conexión activa de esas estructuras con toda la realidad” (Giussani, 1991, p. 38). Así, el ser humano debe desarrollar todas sus potencialidades, pero esto sólo alcanza su punto más importante en la medida en que la persona las coloca al servicio de la realidad, del ambiente concreto en el cual se inserta.

En una situación como la que se ha descrito anteriormente, una alternativa que puede ayudar a hacer resurgir las razones por las cuales vale la pena educar y educarse, es encontrarse, encontrarse con una persona viva. Hoy en día existe un clamor general por hombres y mujeres que asuman el reto de educar, pero educar comunicando su experiencia de vida, del modo como se relacionan con la realidad y que puedan, en última instancia, despertar las preguntas

---

<sup>2</sup> “Eine Einführung in die Gesamtwirklichkeit” J.A. Jungmann, s.j., Christus als Mittelpunkt religiöser Erziehung, Freiburg im B. 1939, p.20.

que son expresión de la exigencia de felicidad, de justicia, de belleza y de libertad de la persona.

Laureano Márquez, politólogo y humorista venezolano, retoma una historia original de Jorge Bucay, la cual cuenta que el padre de un chico de siete años, no sabiendo qué hacer para entretenerlo mientras trabajaba, ve una revista que trae el mapamundi en su portada y, seguro de la ignorancia geográfica del niño, rompe la portada en pedacitos y le entregó un rollo de cinta plástica y una tijera para que la armara nuevamente. No transcurrieron dos minutos cuando el niño volvió con el mapamundi completamente compuesto. El padre, sorprendido, le dijo: –Hijo, ¿cómo lograste hacerlo? Eres muy pequeño, estudias primer grado, todavía no has visto geografía universal... –Fue muy sencillo, papá –respondió en niño–, tú no te diste cuenta, pero en la parte de atrás de la portada había una publicidad con la fotografía de un hombre. Yo, simplemente, armé al hombre y se compuso el mundo.

De acuerdo a lo anterior, la educación es el encuentro de dos libertades, la del maestro que se dona con generosidad y favorece el crecimiento de una relación humana y, por otra parte, la del educando que, asombrado frente a la correspondencia que genera la propuesta que hace el maestro para su vida, es capaz de reconocerse en ella y dejarse impactar. Son dos que caminan juntos al mismo destino, de hecho, el proceso formativo es un riesgo porque se juega entre la libertad de quien educa y la libertad de quien es educado, como afirma Giussani (1996), “Es un juego en el que no se pueden hacer trampas. No puede hacer trampas el educador, porque si lo intenta se ve enseguida: el educando no responde.” Afirma Del Persio, “Esta crisis, como toda crisis, nos pone frente a una situación fascinante: la posibilidad de pensar la educación no como ese entrenamiento de recursos humanos, sino como la actividad dirigida a brindarle a cada educando los instrumentos para que pueda desplegar plenamente sus potencialidades como persona. Es decir, en lugar de hacer de él una simple herramienta, se trata de darle las herramientas para que se realice en plenitud. Pero para eso, debe tener ganas de vivir en plenitud. Debe ser capaz de desear sin que nada limite su deseo”. Y por esto es central la figura del educador, en el hogar y en la escuela, porque quien transmite la alegría por vivir, la pasión por la realidad y el deseo de conocer es el maestro, más allá de toda estrategia o plan preconcebido, es la potencia de vida del maestro la que realmente educa. Señala Giussani (1996) “sin autoridad no hay propuesta, y sin propuesta no hay confrontación, sino solamente reacción desordenada”.

En un proceso educativo real no se intenta convencer, sino abrazar al otro tal cual es y ayudarlo a descubrir el significado de todo lo que le rodea y de su relación con la realidad, entonces, el maestro es “autoritas”, que en el sentido original del término es “aquello que hace crecer”, es “autor”, que no se limita a transmitir información o conocimiento, sino su experiencia de vida y certezas, su actitud frente a la realidad. De acuerdo a lo anterior, uno de los elementos centrales de la educación es el punto al cual mira el maestro y lo que sigue como verdad de vida.

## Un punto de partida

Ante todo, es importante tomar en cuenta que la educación debe ser una propuesta atractiva que parta de la realidad y, más concretamente, de la tradición. Una educación que no parte de la tradición, de lo que precede a la persona, es una educación abstracta. La tradición, entendida como todo el conjunto de valores y significados que otros nos transmiten a partir de su experiencia de vida y de su conocimiento, es un dato, una hipótesis que procura explicar la realidad, una hipótesis de significado que ayuda al joven a asumir la vida con convicción y que él tiene el deber de actualizar con su propia experiencia. La tradición es entendida como la riqueza del pasado hasta el instante precedente y, como afirma Giussani (1996) “la naturaleza no trae a nadie al mundo sin esta dote.”

La tradición, vista desde esta perspectiva, no tiene que ver con un conjunto de preceptos rígidos, esclerosados, sino con la posibilidad de asumir el pasado como inicio de un camino y fundamento para valorar el presente, que es un instante efímero, y que cobra sentido al compararse con el significado que proviene de la tradición, del pasado, de la memoria. En este sentido, la familia es el primer lugar, el espacio privilegiado, para la formulación de esta hipótesis explicativa de la realidad y que el joven verificará al pasar de los años, porque en la familia queda en evidencia que la persona tiene su origen en un antecedente que le brinda una estructura en la cual insertarse y que su desarrollo depende de la pertenencia a ésta. Afirma Honorato Grassi que “hacen falta marineros que vuelvan a la orilla para hablar a los jóvenes del mar y un marinero que los lleve en su barca mar adentro”.

Esta tradición, para que pueda ser comunicada, debe ser transmitida por una persona que la viva y que la actualice. La tradición, para que sea fuente de certezas, debe ser comunicada al joven como una experiencia que pueda ser verificada para afrontar todos los problemas de la vida, y no como mera teoría, que al final cansa y deja al educando sumido en la desesperanza porque no responde a sus exigencias personales, no le sirve para resolver las circunstancias de su vida. El educador tiene la función principal de transmitir estas certezas, pero para ello, debe él mismo vivir seriamente, de modo adulto, lo que está proponiendo. Se trata, en todo caso, de contagiar al otro de sí, de partir del particular de la materia que se dicta para mostrar la totalidad.

De acuerdo a lo anterior, afirma Del Persio, retomando a Alfonso López Quintás, “debemos promover la necesidad de que el docente procure que el alumno viva el proceso formativo de modo ‘genético’, es decir, que vaya procurando desentrañar el sentido más hondo de la parcela de realidad que va estudiando en cada materia, atendiendo al vínculo profundo entre esa parcela de realidad y el resto de la existencia”.

## Camino de verificación

Finalmente, la educación debe formar una conciencia crítica, capaz de confrontarlo todo de modo razonable. Giussani (1991) afirma “es necesario suscitar en el muchacho un compromiso personal con su propio origen; es necesario que ponga a prueba y verifique la oferta recibida por tradición. Y esto sólo puede hacerse por iniciativa del muchacho y nada más que por él”. En el ejercicio de la libertad del joven, provocada por una propuesta educativa realmente atractiva y apegada a la realidad, el maestro debe ser capaz de tener paciencia incluso en la contradicción. Un joven que se “porta mal” o que es “inquieto” está dando a entender, en el fondo, que lo que se está proponiendo no responde plenamente a su circunstancia y que requiere ser aún más acompañado, por lo tanto, el tema de la disciplina en el aula es un problema de la propuesta educativa del maestro, el cual probablemente no ha sabido “leer” e “interpretar” la realidad del educando -y esto se puede deber a muchas razones- así como la importancia de su labor para ayudarlo a caminar.

A este punto, vale la pena retomar el comentario del Santo Padre sobre el equilibrio que debe existir entre libertad y disciplina: “sin reglas de comportamiento y de vida, aplicadas día tras día en pequeñas cosas, no se forma el carácter y no se prepara para afrontar las pruebas que no faltarán en el futuro (...) la educación lograda es una formación al uso correcto de la libertad”. La educación, vista desde esta perspectiva, es la comunicación de una experiencia, que involucra una responsabilidad personal y que se genera gracias a un encuentro, pero para que sea realmente educación, debe permitirse la libre verificación del educando de la propuesta educativa transmitida por el maestro. Giussani (1996) es enfático cuando señala que en este proceso de verificación el educando, al igual que el educador en la formulación de su propuesta, tampoco puede hacer trampas ya que su falta de compromiso con la misma podría producir dos tipos de respuesta: una positiva, la cual mostrará una postura conformista, o una negativa, la cual manifestará una posición desleal.

Afirma María Zambrano “la realidad que en cierto sentido se presenta por sí misma, arrolladora, inexorable, dada la condición humana, exige ser buscada. La vida humana es un viaje hacia la realidad, como conocimiento. Lo que exige una moral, una moral que sostenga el ánimo y enderece la voluntad hacia ella, que temple el corazón y la sensibilidad también tal como sucede con toda vocación (...) Una actividad típicamente moral en la que la educación tiene su decisiva parte.”

El elemento de fondo que se encuentra detrás de la degradación social que se puede percibir en muchos ámbitos sociales, políticos, económicos, se encuentra en una falta de conciencia y de interés por el propio yo. El ser humano necesita pertenecer a una comunidad que le permita reconocer el significado de las cosas que le acontecen, que le ayude a relacionar su propia vida con el mundo, con todos los elementos de la realidad -“introducción a la realidad total”-, en

la que todas las dimensiones de la persona sean valoradas y tomadas en cuenta para su desarrollo integral.

Culmino estas reflexiones retomando las palabras de Giussani (1996) cuando afirma que “no existe un hombre verdaderamente hombre que no se sienta responsable de ayudar a otro a caminar hacia su felicidad”. Sólo un yo consciente de sí mismo es capaz de reconocer en el otro la posibilidad de alcanzar metas comunes gracias a la unión de esfuerzos y a la asociación, al “hacer-con”, sólo una comunidad consciente del valor de sus integrantes, puede favorecer el crecimiento de realidades que le permitan satisfacer las más diversas necesidades, abriendo espacios para todos, pero esto sólo es posible -esta toma de conciencia sólo será posible- en la medida en que como sociedad y como cultura nos hagamos capaces de transmitir y reconocer el significado de todo lo que nos rodea, de educarnos.

#### Referencias:

Carta de Benedicto XVI a la Diócesis y ciudad de Roma sobre la tarea urgente de la educación. Vaticano: 21 de enero de 2008.

Del Percio, E. (s/f). Pero aún los niños vienen y preguntan. Argentina.

Giussani, L. (1991). Educar es un riesgo. Madrid: Encuentro.

Giussani, L. (1996). Libertad de enseñanza. En: Los jóvenes y el ideal. El desafío de la realidad. Madrid: Encuentro.

Giussani, L. (1996). Educación como comunicación de sí. En: Los jóvenes y el ideal. El desafío de la realidad. Madrid: Encuentro.

Zambrano, M. (2007). Filosofía y Educación. Manuscritos. Ed. Ángel Casado y Juana Sánchez-Gey. Málaga: Ágora. pp. 141-147.